

Viejos y nuevos mundos

Poco después de la demolición del Muro de Berlín, Carlos Fuentes sentenció, si no recuerdo mal: «El Viejo Mundo es hoy el mundo nuevo; el Nuevo Mundo es hoy el mundo viejo». Más allá del juego de palabras, la frase me quedó tintineando como un llamado de atención.

Los latinoamericanos hemos estado muy ocupados con nosotros mismos. El complejo y doloroso proceso de injertar el Estado-nación en un continente geográfica y culturalmente desmembrado, y paralelamente, el todavía más complejo de descifrar una identidad común, nos ha tomado poco más de siglo y medio.

Es verdad que durante ese lapso los referentes y modelos de las clases dominantes estuvieron siempre en Europa, y más recientemente, en los Estados Unidos. Pero no es menos cierto que, antes o después, las mismas clases gobernantes comprendieron que no había remedio: estábamos condenados a ser nosotros mismos.

Así surgió la idea de nuestra América como un continente mestizo. No es que la idea fuese equivocada, es que en su nombre se cometieron infinidad de canalladas. En Bolivia, en México, en Perú... en todos los países del continente se obligó a centenares de pueblos a renunciar a su lengua, a su cultura y a sus tradiciones, y a subsumirse en ese magma de aguachacha, pleno de latencias y posibilidades, pero fruto de una violencia aún mayor de la que habían ejercido los españoles. No en vano, para casi todos los pueblos originarios de estas tierras, el período republicano es todavía más ingrato que el colonial.

Hacia mediados del presente siglo, comienza a extenderse entre los latinoamericanos una nueva noción, hoy totalmente generalizada y reafirmada por los medios de comunicación. Muy escuetamente, podemos resumirla así: América Latina es *muy original* (?), es



Rodrigo Soto
Desde España

sorprendente, es *única* (!) y también es *impredecible*, etc. Una vez más, estamos ante una forma de conciencia escindida: incapaces de entendernos, nos calificamos, y creemos que de esa forma resolvemos el problema de nuestra identidad. Ya habrá tiempo de pensar hasta qué punto el fenómeno editorial del «boom» tuvo que ver en esto. Después de todo, fueron los europeos los que catapultaron a la conciencia colectiva a algunos de nuestros escritores...

Por ese camino, los latinoamericanos hemos llegado a algo peligrosamente parecido a la autocomplacencia. Sólo estallidos como el de Chiapas, o como la sangrienta y volvadaguerra del Perú, nos recuerdan que nada está resuelto, y que el «mágico» magma del mestizaje no fagocitó a todos los habitantes del continente...

Y es aquí donde la «vieja» Europa, y España muy en particular, ha tomado un camino nuevo y renovador, del que los americanos podemos y debemos aprender. Me refiero al tema de la diversidad cultural.

Con la caída del franquismo y el advenimiento de la democracia, resurgieron en España los llamados «nacionalismos». Para canalizar dicha inquietud, en la Constitución del año 78 se estableció la figura de las comunidades autónomas. Esta fórmula, intermedia entre el federalismo y el Estado centralista tradicional, concede a las autonomías cuotas considera-

bles de poder y un grado nada despreciable de autogobierno. Muy en especial, recupera la legitimidad de todas las lenguas españolas, poniendo punto final a la tiranía secular del castellano.

El proceso de reconfiguración del Estado español bajo este nuevo modelo es tremendamente complejo, en muchos casos doloroso, y no está exento de contradicciones. Las tensiones y los resentimientos que se liberan, a menudo amenazan su continuidad. En particular, las diferencias históricas entre catalanes y castellanos parecen a veces a punto de estallar. Asimismo, la inserción del País Vasco, que mediante referéndum se pronunció por permanecer dentro del Estado español, se ve entorpecida y enturbiada por la actividad terrorista de ETA. Paralelamente, y con parecido entusiasmo, los gallegos recuperan su lengua y reivindican su derecho a ser, al mismo tiempo, españoles. De esta forma, España avanza progresivamente hacia su reconfiguración como un estado multinacional.

En la mayoría de los países latinoamericanos, las poblaciones indígenas han enunciado su demanda de avanzar en esta misma dirección. Sin embargo, en casi todos los casos han topado con la actitud totalmente refractaria de los sectores políticos, para no mencionar los casos de represión por lo que a menudo llega a ser considerado amenaza contra la seguridad del Estado...

Recientemente, el sagrado rumiante Octavio Paz se mostró escandalizado por la concesión de cuotas de autonomía a las comunidades indígenas de Chiapas, como resultado de las negociaciones de paz celebradas con el gobierno mexicano. Apuntaba, cómo no, la amenaza que todo esto suponía para la unidad y la soberanía del Estado nacional...

Menos terminante que Carlos Fuentes, concluiré, entonces, así: *el Viejo Mundo se renueva, ¿y el Nuevo...?* □